

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 155 *Editorial*

ENERO-FEBRERO DE 2012



La familia filológica hoy

Luis Fernando Lara

**Fábula del lingüista que tocó la flauta (por necesidad)
y el escritor que lo leyó (por casualidad)**

José María Espinasa

de la lengua por solo la extrañeza,

Libro de homenaje a Luis Fernando Lara

Francisco Segovia

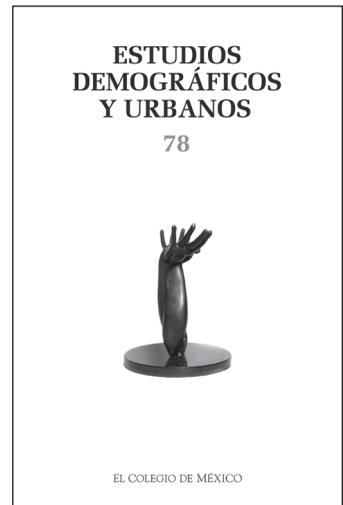
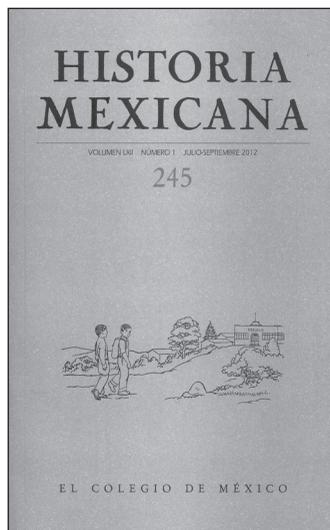
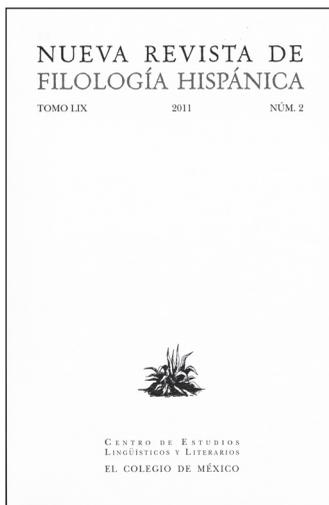
Agradecimiento

Luis Fernando Lara

¿Adiós al español?

Martha Elena Venier

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

Fábula del lingüista que tocó
la flauta (por necesidad)
y el escritor que lo leyó (por casualidad)

■ José María Espinasa ■ 3

de la lengua por solo la extrañeza,

Libro de homenaje
a Luis Fernando Lara

■ Francisco Segovia ■ 9

La familia filológica hoy

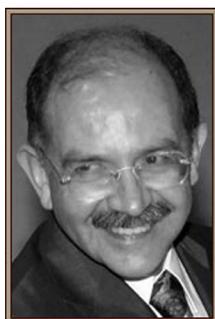
■ Luis Fernando Lara ■ 13

Agradecimiento

■ Luis Fernando Lara ■ 27

¿Adiós al español?

■ Martha Elena Venier ■ 30



EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA
Editor JUAN PUIG ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 155 ENERO-FEBRERO DE 2012

Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



Fábula del lingüista que tocó la flauta (por necesidad) y el escritor que lo leyó (por casualidad)

El título para este texto me lo dio el propio Luis Fernando Lara, cuando en una plática le pregunté cómo había llegado a la lingüística. Su primera vocación, me dijo, había sido la ingeniería, pero su interés por la flauta lo había llevado, anécdotas de por medio, a interesarse en la literatura y en la filología, y de allí... bueno, el camino estaba ya trazado. Al revés del burro que, según Samaniego, toca la flauta por casualidad, Luis Fernando la tocó por necesidad. No me resulta extraño que un estudiante de ingeniería haya terminado por ser uno de los más importantes lingüistas de principios del siglo XXI. Robert Musil, otro ingeniero, está entre los tres o cuatro novelistas más importantes del siglo XX. Una de las maneras de entender su magna obra *El hombre sin cualidades o sin atributos* (se le ha traducido de las dos maneras) sería “El hombre sin lenguaje”, ese hombre que no podría tocar la flauta por falta de aliento.

Cuando el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL), a través de su directora Luz Elena Gutiérrez de Velasco, me invitó a presentar este libro¹ dije inmediatamente que sí, pues me había dejado mal sabor de boca no haber participado con un texto en el homenaje impreso y era una manera de resarcir mi indolencia. Los editores del volumen me habían

invitado y nunca les entregué mi colaboración. He de agregar que supe apreciar cierta mirada de agradecimiento cuando les comuniqué que no la entregaría, pues entonces yo sabía ya que ese homenaje amenazaba con hacerse infinito, señal de que son muchas y notables las personas que aprecian y quieren a Luis Fernando.

Bueno, dije que sí, y no sabía en la que me metía, como esos señores que se casan por correspondencia y solo conocen a la interfecta cuando la ven ante el altar. No puedo ocultar que hay en la frase anterior algo de retórica. Sí sabía en lo que me metía, pues ya había participado en la edición de varios volúmenes similares, algunos dentro de El Colegio de México, y como escritor en otros. Sabía de los peligros que los asechan.

Me consta que este tipo de libros no solo son difíciles de hacer, también de leer porque teniendo la unidad —el eje— que da el homenajeado todo lo demás es no silencio sino dispersión. Así que me propuse partir de las casi 1 100 páginas en dos volúmenes que lo conforman, o mejor dicho partir de lo que ellas significan antes de ser texto —una muestra de cariño, admiración y respeto—, y presentar hoy *de la lengua por solo la extrañeza*. El libro, los dos volúmenes, dicen, bueno, más bien gritan: queremos mucho a Luis Fernando. Y me quise preguntar cómo se quiere a un lingüista.

No se crean que hay ironía en mis palabras, bajo esa frase es posible que se escuche un susurro diciendo que los lingüistas son poco queribles, pero yo

¹ Vázquez Laslop, Ma. Eugenia, Klaus Zimmermann, Francisco Segovia, *de la lengua solo por la extrañeza/Estudios de lexicografía, norma lingüística, historia y literatura en homenaje a Luis Fernando Lara*, México, El Colegio de México, 2011, 2 vols.



busqué preguntarme cómo se quiere a ese lingüista con nombre y apellido. Podría, desde luego, haber llamado a Lili, su mujer, o haberme tomado un café con sus hijos, pero ella o ellos lo quieren como marido, como padre, mientras que yo lo quiero como lingüista. También podría haber entrevistado a sus alumnos, respondiendo a una casi ya olvidada vocación de periodista, pero ellos lo quieren como profesor, que no es lo mismo que como lingüista. Todos lo queremos como amigo, pero algunos además lo queremos como lingüista.

Bueno, Luis Fernando, al toro por los cuernos dicen tus amigos taurófilos, aunque terminan usando capote y banderillas. Cuando yo tenía unos veinte años conocí al susodicho, en el Diccionario, con varios amigos había entrado a colaborar en el naciente proyecto que él dirigía. En esa época escribía y emprendía mis primeras aventuras editoriales, estudiaba cine y materialmente entraba en éxtasis con los libros de Roland Barthes, Roman Jakobson o el hoy olvidado Christian Metz que, haciendo una machincuepa metodológica, absolutamente injustificada, aplicaba las teorías de Saussure al cine tomando literalmente lo de “lenguaje cinematográfico”. Cuando

en alguna plática yo lancé mi arsenal de estilemas y otros mememas similares vi la cara de pasmo de Luis Fernando, que significaba algo así como “llamo a la policía o le trato de explicar”. Hizo lo segundo, lo cual ya es una razón para quererlo, pero la más fuerte fue no que me lo explicara sino que yo lo entendiera.

Aquí empieza sin embargo el asunto complicado. Algo del encanto de todos aquellos discursos subrayadamente metarreferenciales era su oscuridad. No sería literal decir que gracias a que entendí la lingüística, o más precisamente la semiótica, ésta me dejó de interesar. Me interesó en cambio el proceso que hay detrás de la palabra entender.

Luis Fernando sabía mostrar el reverso del discurso sin matarlo. Su vocación por la flauta mostraba la necesidad de entender los mecanismos del discurso. Cuando dejé atrás mi afición a los discursos semiológicos, conservé algunos autores. He seguido leyendo con admiración cada vez mayor a Roland Barthes y, por ejemplo, me sigue entusiasmando el esquizoanálisis propuesto en el *Antiedipo* por Deleuze/Guattari. En todo caso dejé de seguir de cerca los debates entre un cine de poesía y un cine narrativo, o de leer las miles de páginas que se escribían

para desentrañar la obra de Lezama Lima, que a mí me parece tan clara como las Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer. A su vez Luis Fernando me contagió la admiración por los diccionarios, incluso se transformaron para mí en obras literarias, dignos de leerse como una novela, de la “a” a la “z”, y nunca mejor y más literalmente dicho.

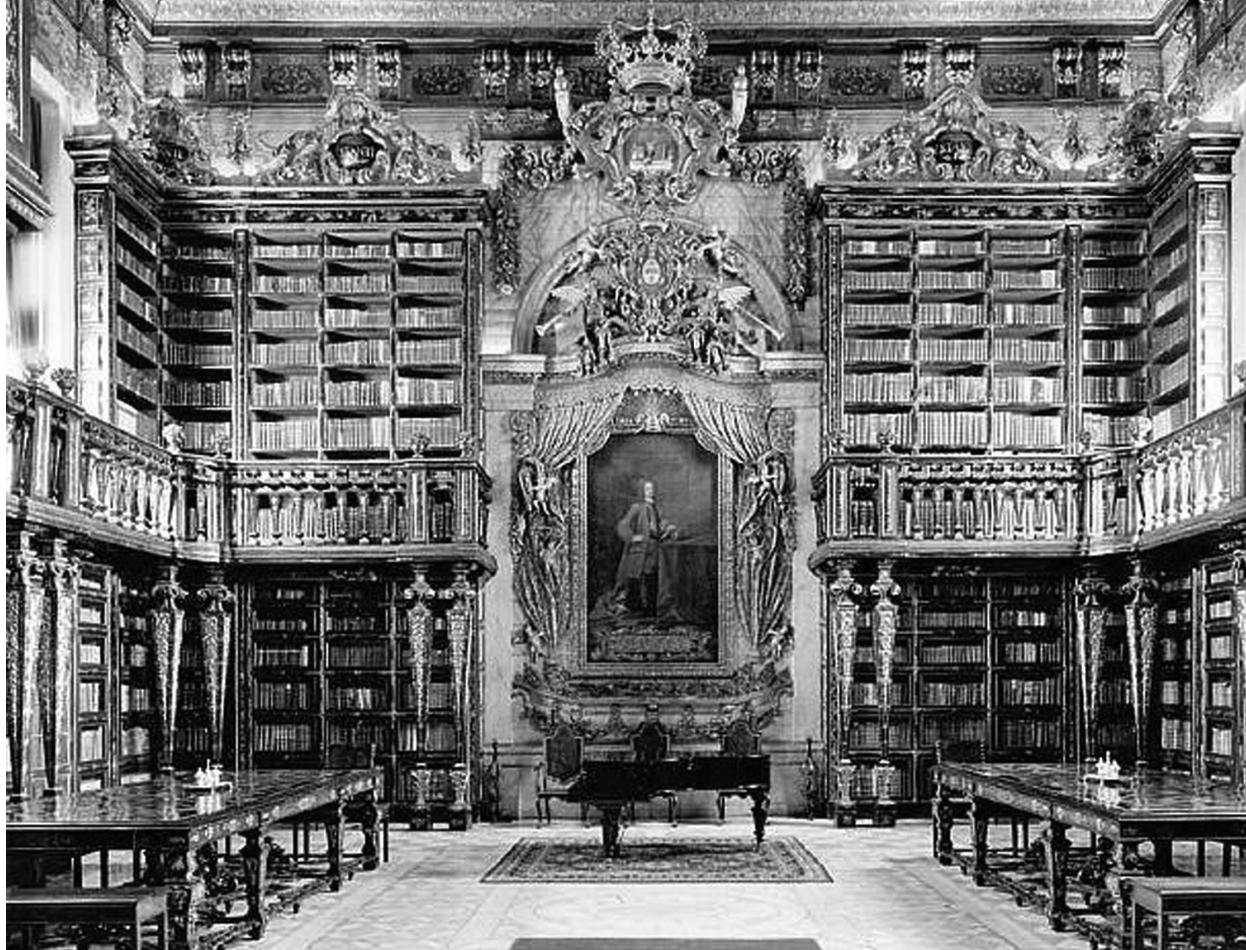
Visto desde la orilla del escritor la labor del lingüista tiene algo de disección, pero con el agravante de que el cadáver al que se le hace la autopsia sigue vivo y hablando con el cirujano. Por eso, la espléndida fotografía de Adrián Bodek que sirve de entrada al libro es una manera de diseccionar al cirujano y, por eso mismo, devolverlo a la categoría de los vivos. No nos podemos ocultar que mucha si no es que toda la investigación lingüística se desarrolla en la academia, y que esto trae consigo el problema no de que se disecte sino que se embalsame a un ser vivo. En parte si queremos tanto a Luis Fernando se debe a que es un ejemplo de cómo resistir ese riesgo, de cómo tratar el lenguaje como organismo vivo al que se lo puede describir internamente sin necesidad de fosilizarlo.

Al armar *de la lengua por solo la extrañeza*, los editores tuvieron el tino de no limitarse al homenaje académico, cosa que sutilmente sugieren desde el título, como sabemos tomado de un poema de sor Juana. Lo importante es que el gusto por la lengua en la medida en que es un placer profano funciona como un virus que en lugar de enfermar sana. Los médicos nos pueden explicar que esto, en el terreno de la medicina, no es tan raro: hay infecciones que curan. Yo, por ejemplo, cuando leo en un texto como “Complejidad pronominal” de Fernando Castaños un apartado que lleva por nombre “La teoría del pronombre vacío” entro en trance. No lo leo como teoría sino como literatura, a la manera en que se lee un cuento de Borges, me dejo llevar por la propia verosimilitud, no por su verdad como discurso. Esto, desde luego, no se lo recomiendo a nadie, es un vicio mío, vicio que imagino me autoriza un libro como el que hoy presentamos que está basado no en la efectividad sino en la afectividad compartida de ese vicio. (Al lector: Cuando leí esta presentación en público hubo la sensación de que descalificaba el trabajo de Fernando Castaños, de que me burlaba, y no se trata de eso, es probablemente uno de los mejores ensayos del volumen, pero justamente por eso es más sintomático.)



Aquí me gustaría interrumpir las palabras sobre Luis Fernando para hablar sobre el mecanismo interior del libro. Sus editores (que son en cierta manera sus autores) son reconocidos profesionales de su campo, todos ellos inmersos en la lingüística. De María Eugenia Vázquez Laslop tuve la fortuna de ser el editor, en el otro sentido, más cercano al del impresor, de su *Formas y fórmulas de tratamiento en el mundo hispánico*, extenso estudio sobre el voseo, y fui testigo de su buena voluntad a la vez que su riguroso seguimiento de un texto que en sentido extremo solo podía “corregir” (en pruebas) ella. De Klaus Zimmermann había leído el volumen que editó bajo el título *Lenguas en contacto*, supongo que por sugerencia de Luis Fernando. De Francisco Segovia, lexicólogo, pieza clave del Diccionario del español en México y uno de los mejores poetas mexicanos actuales (les recomiendo la lectura de *Partidas*, su más reciente poemario), soy amigo desde hace cuarenta años.

Todos ellos saben, y lo hacen ver, que un libro así no encuentra su unidad en un factor interno sino en uno externo: el autor homenajeado. Es un género de libro muy difícil, suelen ser desiguales y poco atractivos. Sin embargo, hace unos años se publicó



aquí el homenaje a Martha Elena Venier, organizado por Martha Lilia tenorio, *De amicitia et doctrina*, y el resultado fue muy bueno. De hecho El Colegio tiene ya una serie de homenajes que constituyen una colección intercentros y que muestran algo de lo que le dio origen hace casi setenta y cinco años, como La Casa de España: la hermandad en la cultura, en la admiración y en la inteligencia.

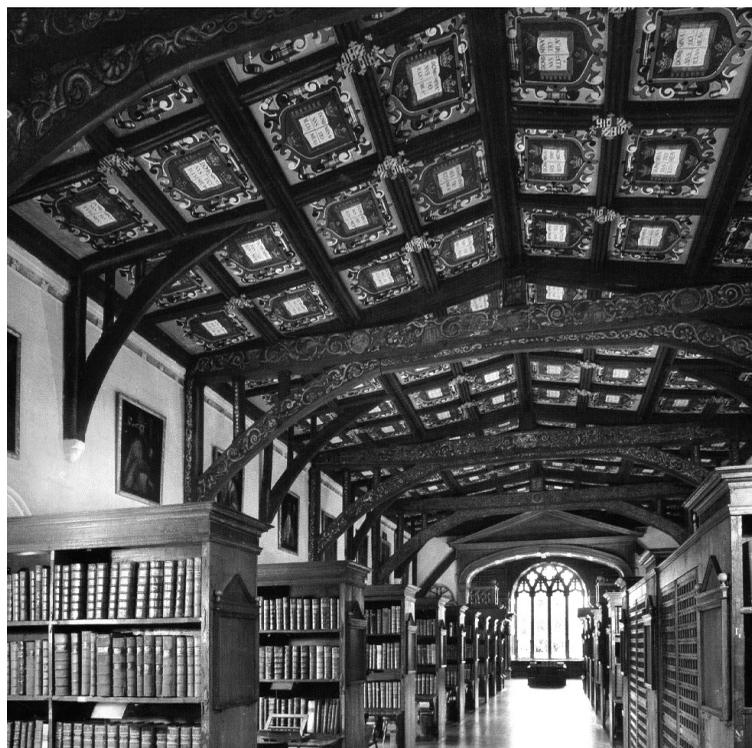
¿Cómo se leen estos libros? Al azar, como diría Mallarmé. Por donde uno los tome, o revisando el índice en busca de un título o un autor que nos atraiga, que nos diga algo. No pocas veces después de abrirlo muchas veces, siempre al azar, resulta que se ha leído el libro completo. Cuando se prepara una presentación se leen claro los prólogos, las advertencias, los índices, las bibliografías para darle un rostro reconocible al volumen. Por cierto. Luis Fernando, ¡cuánto has escrito que no conozco!, leerte más exhaustivamente es una de mis asignaturas pendientes. La portada es solo en parte la cara de un libro —se la llama entre los diseñadores carátula pero también tapa—, sus gestos están en esas otras páginas que no son del todo texto pero tampoco dejan de serlo.

Al leer —ya se dijo al azar y en forma muy subjetiva— los textos reunidos mi impresión es que el título es muy afortunado: la sensación de extrañeza que nos transmite a veces la lengua cuando se trata de uno de los actos más humanos: hablar y escribir, nos hace quererla, procurarla; cuidarla, cuando en realidad ella cuida de que no perdamos (del todo) nuestra condición humana. Nada que ver con el “dar esplendor” que ya conocemos. La lengua nos da en todo caso esplendor a nosotros a partir de su uso no correcto sino expresivo. Y ya sabemos lo expresivas que son algunas locuciones incorrectas. Pienso, aunque no fui a buscar datos que lo comprueben, que Luis Fernando surgió a la lingüística en un momento en que ésta como disciplina moderna avasallaba a la filología, y que gracias a que tuvo buenos maestros filólogos, muchos en El Colegio, supo resistir al vértigo que produjo la espiral de jergas y metodologías que terminaban por no explicarse ni a sí mismas. O mejor dicho: sobre todo no se explicaban a sí mismas, en un doble ocultamiento, ideología disfrazada de ciencia y esoterismo para unos cuantos, o mejor si era solo para uno, el que se inventaba la jerga.

A Luis Fernando no se le escapa el matiz entre los aspectos en que la lengua es un “mecanismo de la significación” y los que es simple y llana ideología. Por eso es de los que ven con más claridad el operativo económico –y ahora la economía es la ideología reinante– de la Real Academia Española. Cambio de registro: a Luis Fernando le gustan mucho la música y los toros, a mí me gusta mucho la música y detesto los toros, diría que los rechazo casi de manera instintiva más que teórica y que eso hace imposible que me convenzan de sus virtudes, a pesar de que en cambio leo con fruición a escritores que escriben sobre el toreo –Bergamín, Gómez de la Serna, Garfías, García Lorca, Alberti. O mejor: no a pesar sino gracias a ello. De esa aparente paradoja podría salir la explicación de que sin gustarme la lingüística me gusta mucho leerla. ¿Es posible diferenciar en ella, como lo hago en el toreo, la afición de la lectura secundaria?

¿Puede gustarnos el discurso sobre algo sin que ese algo nos guste o interese? Creo que no. Por eso, muchas investigaciones lingüísticas son antídotos contra el gusto del lenguaje, contra esa extrañeza –yo la llamaré misterio– que hay en todo acto de comunicación, o más precisamente, todo acto elocutivo. Pongo un ejemplo elemental: si alguien nos habla enojado y contestamos que “no nos hable golpeado” hay una transición de lo abstracto a lo concreto, de lo objetivo a lo subjetivo. El misterio está en que en algún momento se invirtieron las equivalencias, pues lo concreto era, antes, lo objetivo y pasó a ser lo subjetivo, después del habla, o mejor dicho, en el habla misma como acto. El enojo se traduce en un timbre musical: golpeado nos remite más a la percusión musical que a la violencia física, el golpeteo es expresivo. De otra forma, decir que la voz de una actriz acaricia es la misma operación. Si la voz es de María Félix ¿golpea o acaricia? La respuesta no la da el lingüista sino el psicólogo, o bien el Marqués de Sade.

En la música tampoco la cosa es fácil. Le he oído decir varias veces, en las polémicas sobre la música contemporánea, que no le pueden gustar piezas que después no puede silbar o tararear, es decir, que no tienen melodía o que ésta no es reconocible a simple oído. En cambio a mí me encantan esas piezas que son pura disonancia, imposibles ya no de tararear sino siquiera de ser recordadas, pues su lógica tiene si acaso algo de aleatorio. Me pregunto si los discursos de un lingüista, por ejemplo los de Luis Fernan-



do, se pueden tararear. Yo digo que, por ejemplo, con los ensayos de María Zambrano sí se puede, algunos los tarareamos en la regadera. También los de Octavio Paz o de Tomás Segovia. Esto nos lleva de nuevo al principio, al lingüista que tocó la flauta, que la toca aún después de muchos años. No se espanten, me gusta la música de Stockhausen pero detesto el karaoke, así que no hay peligro de que me ponga a cantar ante ustedes.

La flauta es un instrumento ideal para la melodía, cuando se la empezó a usar en música de vanguardia era demasiado aguda –silbaba– y hubo que enronquecerla, llevarla hacia el oboe o hacia el fagot. Ahora en cambio es un instrumento de batalla de cualquier intento de revolución musical que se quiera hacer. En lugar de silbar timbra, es decir toca a la puerta del oído inarmónico. Luis Fernando tocó la flauta porque ya había oído antes en la ingeniería el sentido de la composición. Ya lo había oído antes en la vida. Su vocación como profesor e investigador es no un aparte de la vida sino la vida misma. Y eso en lo que escribe se nota, y se nota en sus clases y en su conversación, y nosotros sus amigos, alumnos y lectores lo notamos. Y, desde luego, se lo agradecemos. 



de la lengua por solo la extrañeza,
 Libro de homenaje
 a Luis Fernando Lara

Presentamos hoy un libro de casi mil cien páginas. Es tan grande que va partido en dos volúmenes. Pudo haber sido aún más grande, si hubiésemos alargado un poco más el tiempo, las energías y el presupuesto, pero los editores tuvimos que ponerle un límite, so pena de que las muestras de afecto y admiración por Luis Fernando Lara siguieran llegando interminablemente y el libro no apareciera nunca. Con todo, creo que en sus páginas no deja de tocarse ninguno de los temas principales que Luis Fernando ha abordado en su vida profesional, y aun han dejado espacio para dar siquiera un indicio de los que le han interesado más allá de las fronteras de su profesión.

Basta echar un ojo a la lista de los más de cincuenta colaboradores de este libro para percatarse de que en su mayoría pertenecen a alguna instancia académica, particularmente universitaria. Lingüistas, lexicógrafos, lexicólogos, dialectólogos, terminólogos, antropólogos, historiadores, filósofos, y hasta matemáticos e ingenieros de sistemas, dan buena cuenta de los múltiples campos en que ha incursionado profesionalmente Luis Fernando. Pero está claro que su curiosidad se extiende también por los territorios de las ciencias duras, las artes, la política y un largo etcétera. Es notable, en este sentido, que los únicos autores que no aparecen en el libro con ninguna adscripción académica sean dos escritores, ninguno de los cuales alcanzó a verlo ya impreso: Tomás Segovia y Carlos Montemayor. Con todo, ninguno de los dos fue ajeno al mundo universitario y ambos

mantuvieron siempre una relación muy estrecha con El Colegio de México. Ellos sirven, digamos, como puente entre el mundo estrictamente académico y aquel otro que se interesa en las mismas o parecidas cosas de manera menos disciplinada —o menos disciplinaria, si ustedes quieren—, más lírica, menos metódica, más artesanal, incluso artística. Hay, por ejemplo, tres poetas que contribuyen al libro con poemas, aunque los tres lo hagan —todo hay que decirlo— como pagando la intromisión de su Musa con un ensayo académico de pleno derecho. A decir verdad, sólo dos artes llegan a este libro sin saldar ningún viático académico: el arte fotográfico de Adrián Bodek y el arte tipográfico de dos grupos de editores: el de El Colegio y de El Atril Tipográfico.

La presencia de estas dos artes es un lazo que este homenaje claramente académico echa al mundo de afuera, que en este sentido no es tanto el ancho mundo público, el de “extramuros”, como el ámbito íntimo y privado. Se me comprenderá mejor si añado a esto que a mí me hubiera gustado que en este libro figurara algún músico. No sólo porque Luis Fernando es un conocedor de la materia sino porque alguna vez trabajó en una casa editora de música. Es cierto que llegó ahí gracias a su conocimiento de las matemáticas, muy útil en el departamento de regalías que lo contrató, pero muy pronto el dueño de la editorial —Carlos Grever, hijo de la inmarcesible María Grever—, se percató de la amplia cultura musical de Luis Fernando y decidió aprovecharlo: Luis Fernando escuchaba la grabación de alguna obra de



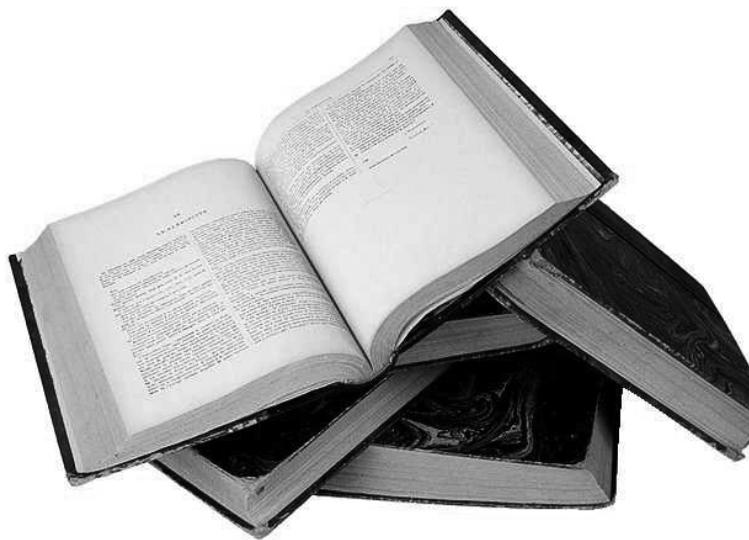
“música clásica” (es decir, de cualquier cosa que no fuera ni una ranchera, ni un bolero, ni nada por el estilo) y luego recibía a su autor y hablaba con él. Esto en realidad era un acto de cortesía y deferencia de la editorial hacia los músicos “clásicos”, a los que no publicaba. Pero Grever descubrió, además, que ese joven que campechaneaba las cuentas con el gusto musical hablaba otras lenguas, y así fue como Luis Fernando terminó haciendo una gira musical, sirviendo de intérprete y traductor a los no menos inmarcesibles Santo & Johnny. (¿Los recuerdan? Santo y Johnny Farina, dos hermanos que en el 65 se adueñaron del primer lugar del Hit Parade mexicano durante veintiún semanas con una versión instrumental de “And I Love Her”, una canción de los Beatles grabada con ese curioso instrumento que nosotros llamamos “guitarra hawaiana”... Todavía suena alguna vez, aunque ya casi sólo en los consultorios, las salas de espera, los supermercados, y lugares así).

Estos, claro, no son asuntos del *curriculum vitae* de Luis Fernando; son en cambio cosas de su *vita vitae*. Con esto quiero decir que, siendo parte de su vida laboral, su *curriculum* los omite, como si formaran parte sólo de su vida privada. No creo, sin embargo, que al hablar de su vida privada puedan omitirse sus labores como lingüista y maestro. Esto es indicio de que en su caso la frontera entre la vida profesional y la privada es más borrosa que lo normal. Tanto, que a veces no sabe uno de qué lado de la línea está, pues mirando de acá para allá se ve casi lo mismo que mirando de allá para acá. En ambos casos aparece la misma actitud; o, dicho de otro modo, el mismo carácter. Sé que esta unidad, esta integridad, es algo que se espera de toda persona sensata y decente, pero no falta el profesor que se deja la generosidad en casa cuando sale a trabajar, ni el que se deja la curiosidad en el portafolios al regresar al “hogar, dulce hogar”, como si estas cosas funcio-

naran por relevos y cada una en su momento. No, Luis Fernando no tiene esos relevos: en su casa o en su cubículo, él siempre está en lo suyo, pues lo suyo no se define por el sitio en el que está sino por su manera de estar en él. Los que hemos visto el despliegue de su curiosidad –lo mismo por la semántica que por la música, por la literatura que por la topología, por los aparejos del pescador o por la historia–; los que hemos visto en acción esa curiosidad –digo– sabemos que no tiene dobleces y que se ejerce como algo integral y sólido, casi palpable: está siempre ahí, a veces frente a sus colegas, a veces frente a sus amigos y familiares, y a veces en la soledad de sólo su conciencia... Pero de alguna extraña manera siempre está ahí para nosotros, para todos nosotros, que no sólo aprendemos de Luis Fernando sino con Luis Fernando; es decir, que no sólo recibimos lo que nos enseña ex profeso (o ex profesor, si valiera la expresión) sino también lo que él mismo aprende, su forma de aprenderlo, su propio aprendizaje. Va de suyo, pues, que quienes estamos o hemos estado cerca de Luis Fernando tenemos muy borrosa la frontera entre el maestro y el amigo, pero muy nítida la certeza de que su curiosidad es una de las formas de su generosidad.

Y aquí debo añadir algo que sólo puedo expresar de manera subjetiva, pero cuya conclusión rebasa los límites de lo meramente personal: yo nunca he visto a Luis Fernando interesarse por algo que a mí me aburra o me sea indiferente, ni en lo privado ni en lo profesional. Lo que él piensa siempre me da qué pensar. Lo que le importa me importa. Y no me paro mucho a contemplar mi estado cuando lo escucho hablar de esas cosas: me fío de su curiosidad y me fío de su lucidez, pues si algo define bien a Luis Fernando es que no se permite no ser lúcido. Es lo que dicen a su manera las últimas líneas del prólogo a este libro en homenaje suyo: “las palabras de que tanto se ocupa [Luis Fernando] son algo más que meras palabras cuando él habla: son fuente de inspiración para quienes las oyen. Eso es algo que no puede decirse de cualquiera”.

El libro que ahora presentamos es prueba de esa inspiración que Luis Fernando contagia incluso a quienes no lo conocen personalmente sino sólo a través de sus escritos. En él han colaborado muchas



personas y de muy diversas maneras. Todas ellas aparecen mencionadas, ya en el índice, ya en los agradecimientos, así que no abusaré de su tiempo repitiendo aquí lo que puede leerse allá. Pero no puedo dejar de añadir algo: el crédito que se le da en la portada a María Eugenia Vázquez Laslop no da cuenta suficiente del cuidado y las horas que ella puso en el trabajo editorial, el cual coordinó siempre con acuciosidad y buen humor. Yo tengo para mí –y supongo que también Klaus Zimmermann tiene para sí– que sin ella jamás habría visto la luz este homenaje a Luis Fernando Lara. Gracias a todos los colaboradores, pero en especial a ella, podemos dar aquí una muestra de eso que, en su Discurso de ingreso a El Colegio Nacional, Luis Fernando mentaba como “el hablar y la perplejidad que ha producido [...] en los seres humanos”; perplejidad a la que siglos antes se refirió Sor Juana, interesada en los misterios “de la lengua por solo la extrañeza”. ❧



La familia filológica hoy¹

El texto literario es, por excelencia, el punto de partida del estudio filológico.² Pero no el texto como pretexto o como impulso para un nuevo texto de naturaleza semejante –otra obra literaria– ni como *fenómeno autocontenido* al que hay que analizar pormenorizada, sistemática y totalmente –como lo pretendería, sin lograrlo todavía, una “lingüística del texto”–, sino como portador de un enigma que hay que resolver tomando en cuenta cualquiera de los aspectos que ayuden a ello: desde la grafía y el tipo de escritura empleados o la calidad del papel en que está impreso, hasta el vocabulario o las construcciones sintácticas utilizados y, por supuesto, la calidad literaria de sus versos, de su prosa, de sus reminiscencias históricas, el estilo, los hechos biográficos de su autor, el género en que adquiere sentido, etcétera. Por eso la filología no ha pretendido ser jamás una ciencia, con un procedimiento jerarquizado bien establecido y un objetivo final que despeje toda posterior duda; por el contrario, se ocupa de los detalles reveladores de un texto desde una hermenéutica que excluye el plan preconcebido, la aspiración a resolver “de una vez para siempre” su esencia estética o sus características formales, ya no digamos “aplicarle” un cartabón de análisis, elaborado en independencia de él y desde

una especulación “teórica”, que las más de las veces es sólo ideológica. Dice Luis Villoro: “La ciencia es, ante todo, un acopio de saberes con validez intersubjetiva; la crítica literaria [la filología], en cambio, no podría reducirse a una firma de poderes; sería, antes que nada, un conocimiento personal. En ella, cada quien entra en contacto con un objeto literario, lo percibe, lo goza o lo padece. Los saberes que lleguen a tener de su objeto se fundan en ese contacto personal, antes que en razones objetivas.”³

Una filología supone por eso una afición o un amor por la obra literaria. Y como afición, o como pasión, supone una actitud del conocimiento, manifiesta, ante todo, en el gozo de la literatura, en el gusto por los detalles, por la colección de curiosidades, por la erudición. No se entiende una filología sin amor por el texto y sin una permanente lectura, pero tampoco una filología sin erudición y sin formación en las varias disciplinas que concurren al análisis hermenéutico.

II

¿Es la filología una ocupación con los textos que nazca “naturalmente” en cualquier cultura y en cualquier ser humano? Seguramente que no y por eso hay que explicarla. Si fuera un interés obvio para todo ser

¹Publicado originalmente en *Fractal*, núm. 21, abril-junio, 2001, año 6, vol. VI, pp. 43-64.

²No quiere decir que un texto no literario, como una crónica o un tratado toledano de astrología, no sean objetos posibles de estudio filológico, pero lo son en cuanto que la filología, a su vez, es ancilar para la historia.

³En su “Respuesta a Antonio Alatorre”, en ocasión del discurso de ingreso de éste a El Colegio Nacional, *Revista de la Universidad de México*, nueva época, xxxvii, 8, diciembre de 1981, p. 14.



humano, no nos preocuparía su estado actual ni su enseñanza; se justificaría por sí misma. La filología nació en Occidente de la necesidad de interpretar documentos valiosos, no de un planteamiento sistemático que comenzara por definir su propio objeto. El ser humano en posesión de sus conocimientos, enfrentado al enigma de un documento opaco en algún sentido. La filología nació de una valoración previa del texto: de la valoración del pasado clásico, de la necesidad de claridad en los libros bíblicos, del afán por elevar la cultura propia –nacional, regional, religiosa– al ámbito de los clásicos, de la necesidad social de establecer un *canon* –como dicen hoy en día– no sólo estético, sino también moral, para valorar su propia identidad y su propia acción en la vida. No en balde contribuyeron a su instauración social la creación de los Estados modernos, a partir del Renacimiento; la búsqueda de la palabra de Dios en la religiosidad del protestantismo; y el gusto romántico por las tradiciones, los relatos y las líricas populares, el *Volksgeist*. Todos los monumentos filológicos del siglo XIX y todos los grandes filólogos de la época se caracterizan por haber dejado obras en cualquiera de esas direcciones. Pensemos en

Friedrich Diez y Wilhelm Meyer-Lübke, en Gastón París y en Ramón Menéndez Pidal, en el ámbito romance y español. Pensemos también en los filólogos del XX cercanos a nosotros: la escuela pidalina, los miembros del Instituto de Filología de Buenos Aires y el círculo que formó Raimundo Lida en torno de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* en El Colegio de México. Pero recordemos también la filología romántica de los hermanos Schlegel, los Grimm y Herder en Alemania, y el papel de don Ramón en el descubrimiento moderno de la antigua lírica popular española.

Si la filología nació de la instauración social de ciertos valores desde finales del siglo XVIII y sobre todo en el XIX, es de preguntarse qué ha pasado con ella desde la segunda mitad del XX y cuál es su papel social en el XXI que comienza.

III

Como disciplina hermenéutica, la filología hacía uso de todos los conocimientos que fueran necesarios para entender adecuadamente un texto. Si se trataba del *Poema del Cid*, era igualmente importante poner en perspectiva el estado del castellano manifiesto en sus versos y los acontecimientos históricos que relata; interesaba la copia y las características del copista del manuscrito hallado; interesaba la relación de la épica castellana con la francesa, especialmente. El filólogo ha transitado siempre libremente entre diferentes disciplinas; tantas y tan diversas como hagan falta para la aclaración del texto. Naturalmente que tal libertad impone dos condiciones: acumulación de conocimientos precisos y experiencia literaria. De ahí la erudición y el gusto literario que han caracterizado siempre a los filólogos.

Pero el siglo XIX fue rico en novedades intelectuales; incluso, comparativamente, mucho más rico que el XX, que fue el siglo en donde esas novedades se desarrollaron y, sobre todo, dieron lugar a sus efectos tecnológicos. Lo primero que se debe tomar en cuenta es la conformación de las llamadas “ciencias humanas” o “ciencias sociales” desde la segunda mitad del XIX, como una creación positivista que segmentó el núcleo de las anteriores ciencias morales –las *Geisteswissenschaften de Dilthey*, retraducidas más tarde al español como “ciencias del espíritu”–: la historia, la arqueología, la sociología, la econo-



mía y la lingüística establecieron sus condiciones y definieron sus objetos de estudio. En particular observemos lo acontecido con la lingüística. En la tradición europea, la lingüística se gestó dentro de la filología; primero como intensificación del estudio de la lengua literaria; luego como instrumento de reconstrucción de la genealogía de las lenguas indoeuropeas; inmediatamente después como método de estudio de la historia de las lenguas. Bastó con que la ciencia natural, con una persistencia sorda, continuara acusando a la filología de no producir conocimiento verdadero, verificable y predecible, y con que resplandecieran las ciencias del XIX: la biología con la teoría de la evolución, la anatomía y la mecánica, para que la lingüística se definiera a sí misma y se desgajara del complejo de intereses de la filología. El rigor naturalista y sistemático de los *Jóvenes Gramáticos* alemanes (“Neogramáticos”, los rebautizó Ascoli en las lenguas romance), contagiado del ambiente científico de la época, abstraigo por primera vez la lengua de su valor literario. Ferdinand de Saussure, alumno de ellos en Leipzig, pero descendiente de una familia suiza de científicos, sacó las conclusiones que todos esperaban: la lengua

tiene un sistema que la subyace y que se ofrece como invariante de todos los textos escritos en ella. La lengua tiene una realidad en la naturaleza humana a la que la gramática normativa y la retórica deforman. La lengua merece ser un objeto de estudio científico por sí mismo, desligado de valores que la trascienden, como los literarios.

La ruptura entre filología y lingüística no se produjo, sin embargo, en ese momento, sino casi medio siglo más tarde, cuando la enseñanza saussureana floreció en Europa, al final de la Segunda Guerra Mundial. *El Curso de lingüística general* de Saussure se interpretó en tres direcciones: la de los estudios sincrónicos (que eliminan, por principio de método, la historia y el razonamiento del orden histórico, para así poder encontrar el sistema de la lengua), la de los estudios diacrónicos (que no es la versión saussureana de la historia, sino la yuxtaposición en serie de estados sincrónicos de las lenguas) y, frente a estas dos, consideradas “lingüísticas de la lengua”, la de la “lingüística del habla”, expuesta por Charles Bally, dedicada a las particularidades del habla y el texto específico, en la que el estilo y la peculiaridad de cada texto recobran su valor filológico (la “lin-

güística del habla” nunca pudo alcanzar una posición equivalente a las otras dos lingüísticas).

El aparato de método de esa lingüística saussureana disponía de dos instrumentos: la conmutación entre signos para discernir una diferencia de significado y, a partir de ella, la identificación de cada uno de los signos conmutados (/perro:/pero/, /capa:/cara/) y la oposición binaria, que reduce la búsqueda de diferencias entre signos a sus “rasgos mínimos”. Los resultados de las conmutaciones dieron lugar a la primera noción lingüística de la *estructura*,⁴ el sueño saussureano de un “álgebra del lenguaje” parecía comenzar a realizarse.

El interés originario de la filología por la lengua del texto literario se vio reforzado e instrumentado por el primer desarrollo de la lingüística. Muchas de las nuevas nociones de análisis venían a resolver dificultades de interpretación que había encontrado la filología: la variación de la escritura en manuscritos antiguos, difícilmente inteligible a base de la noción de “letra”, se pudo interpretar de modo congruente mediante la noción de “fonema”. Las condiciones de comparación de un texto con otro se podían establecer mejor con la noción de sincronía. La dialectología, que había nacido de la exploración neogramática de las “leyes fonéticas”, condujo a un reconocimiento detallado de zonas históricas de diferencias dialectales que, por ejemplo, para la historia de la literatura antigua española, resultaron fundamentales, pero que también enriquecieron a la lingüística diacrónica. Un recorrido por las obras más destacadas de don Ramón Menéndez Pidal, desde su estudio del Poema del Cid y los Orígenes del español, hasta su artículo clásico de “Sevilla frente a Madrid” (escrito, nada menos, que para el volumen *Estructuralismo e historia; miscelánea homenaje a André Martinet*),⁵ nos ilustra quizá de manera ejemplar las relaciones armónicas entre la lingüística y la filología, tal como se presentaban a un filólogo creador, realmente fundador de una escuela filológica y, a la vez, aten-

⁴Véase *Le structuralisme*, de Jean Piaget (Presses Universitaires de France, 1968), *À quoi sert la notion de structure*, de Raymond Boudon (Gallimard, 1968), *L'idéologie structuraliste*, de Henri Lefevbre (Anthropos, 1971) y la edición de Roger Bastide, *Sens et usage du terme structure* (Mouton, 1972).

⁵Publicado por la Universidad de la Laguna, en las Islas Canarias, 1964.



to a las enseñanzas que ofrecía la lingüística de su época.⁶

Pero a la postre, ese modo de cernirse la lingüística sobre la lengua, dejando aparte cualquier otro valor que la “trascendiera” –como pedía Saussure– paradójicamente se volvería contra la filología. En efecto, en la crisis constitutiva del estudio filológico entre las características intrínsecas del texto y su valoración, era posible darse a la búsqueda de valores textuales que pudieran explicarse a partir de su propia complejidad verbal y derivar hacia un cientificismo positivista y formalista que terminara por volverse contra la

⁶Yakov Malkiel, uno de los filólogos más destacados de los últimos años (muerto apenas hace cuatro o cinco) todavía podía sostener, en la década de los sesenta, que “it still remains true that a radical, unhealable break between the two approaches [philology and linguistics] cannot be seriously advocated in a subfield as clearly predestined to yield a perfect testing ground for experiments in diachronic research as is the Romance domain” en “Distinctive traits of Romance linguistics”, publicado por Dell H. Hymes, *Language in Culture and Society: a Reader in Linguistics and Anthropology*, Harper & Row, Nueva York, 1964.



hermenéutica constitutiva de la filología (tampoco se ha de soslayar sino, al contrario, merecería estudiarse con detenimiento, la influencia del horizonte formalista que ya se daba, también desde finales del siglo XIX, en la pintura –la “escuela de París” y sus secuelas: impresionismo, puntillismo, cubismo, fauvismo–, en la música –atonalidad, serialismo, dodecafonía– y, ¿por qué no?, en la lógica, con las exploraciones formalistas de la época entreguerras en Europa y Estados Unidos).⁷ Surgirían así, en Rusia, el *formalismo* de Roman Jakobson y el círculo de poetas del que formó parte Mayakovski, y el *New criticism* en Estados Unidos, que más tarde dieron lugar al estructuralismo literario. La *estilística* (que deriva de la “lingüística del habla”) de Bally, de Karl Vossler y de Dámaso Alonso, en cambio, era una versión propiamente filológica de esa búsqueda.

⁷En este punto sigue siendo una obra fundamental de reflexión el ensayo de Ortega y Gasset sobre *La deshumanización del arte*.

IV

La misma idea romántica del *Volskgeist* y de la etnografía alemana contribuyó de otro modo a la lingüística del siglo XIX: Franz Boas, un filólogo austriaco emigrado a Estados Unidos, despertó el interés estadounidense por sus pueblos aborígenes e inauguró la lingüística descriptiva de las lenguas del norte de América. A partir de él comenzó lo que podríamos llamar la tendencia “antropológica” de la lingüística angloamericana: la escuela de Edward Sapir en la Universidad de Yale, que en México recibimos de Mauricio Swadesh y se sitúa en el origen de la lingüística antropológica mexicana, enseñada por muchos años en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Sin embargo, la formación de la mayor parte de los lingüistas estadounidenses que contribuyeron al desarrollo deslumbrante de la lingüística en ese país en los años sesenta, dependió de los servicios de inteligencia militar durante la Segunda Guerra Mundial.⁸ El conocimiento del japonés, en particular, y más tarde del vietnamita, de varios dialectos malayos, etcétera, obedecía a las necesidades de proteger a los soldados estadounidenses y de interpretar mensajes en esas lenguas. La traducción y el desciframiento de mensajes fueron dos temas centrales de esa formación lingüística. No fue por coincidencia que el Massachusetts Institute of Technology abriera un departamento de traducción automática en su laboratorio de electrónica, en donde años más tarde se produciría el núcleo de la lingüística chomskyana. (Otra cosa es que tal esfuerzo de traducción automática fracasara y que Chomsky no quisiera relacionarse con él.) Buena parte de los fondos que impulsaron la lingüística

⁸No Noam Chomsky, en cuya historia intelectual juegan un papel destacado el ser hijo de un rabino, el interesarse por el sionismo socialista y el haber buscado una formación matemática antes de dedicarse a la lingüística; tampoco del todo la corriente del Instituto Lingüístico de Verano (William Cameron Townsend y Kenneth Pike), nacida del compromiso evangelizador de varias iglesias protestantes estadounidenses, inspiradas en el mandato de Cristo y en el pasaje bíblico de Pentecostés (aunque ha habido denuncias, fundadas, de que varios de estos lingüistas han trabajado también para diferentes servicios de espionaje estadounidenses; véase “El Instituto Lingüístico de Verano, instrumento del imperialismo”, documento de la Agence Latino-Américaine d’Information, Québec, publicado por *Nueva Antropología*, 9(1978), 117-142).



estadounidense de los años sesenta a los ochenta fueron de origen militar, como lo revelan los agradecimientos explícitos en muchas obras de la época.

Pero los intereses militares estadounidenses no dieron lugar a las técnicas de análisis que caracterizan a la lingüística descriptiva. Fueron la enseñanza de Boas y la complicación inherente a las lenguas que estudia en el continente americano lo que produjo esas técnicas. Igualmente, el aire positivista que la lingüística heredó del siglo XIX contribuyó a un acercamiento a la lógica moderna, en cuyo lenguaje formal se veía un modelo para el análisis lingüístico. Leonard Bloomfield, un lingüista angloamericano que preside el desarrollo de la lingüística descriptiva en los años 20, se formó también en Leipzig, uno de los centros principales de la vieja y dura filología alemana, pero se orientó después rápidamente hacia el neopositivismo del Círculo de Viena, de cuya inacabada Enciclopedia de la ciencia unificada fue un contribuyente. La lingüística no se circunscribe a la descripción de las lenguas, como la taxonomía no es toda la biología, ni toda la lingüística tiene cuño estadounidense. Pero sin duda ha sido la necesidad de técnicas y de instrumentos conceptuales de análisis el principal

motor de desarrollo de la lingüística contemporánea, tanto en su vertiente norteamericana, como europea. Técnicas propias de análisis y afán de formalismo son dos poderosas corrientes que le dan cohesión a la lingüística moderna. Por eso se puede caracterizar la lingüística contemporánea como formalista, de inspiración logicista, naturalista y cada vez más tecnificada.

Una lingüística así ya no es aprovechable por la filología. Los conocimientos técnicos de la lingüística se han vuelto cada día más abstrusos y, sobre todo, cada vez se alejan más de las preguntas que sigue haciéndose el filólogo, pues no son las características universales de las lenguas, ni su alojamiento cerebral o su representación algorítmica lo que pueda llegar a constituir un enigma particular de un solo texto. Por el otro lado, para la mayor parte de los lingüistas, los intereses de la filología resultan cada vez más alejados de lo que ellos persiguen y los miran con completa extrañeza, por no decir que hasta con desdén, pues en esta lingüística, al contrario, la relación de la lengua con la cultura y el valor estético del habla literaria han dejado de considerarse cuestiones importantes.

V

La búsqueda de estructura en las lenguas no solamente dio lugar a técnicas, sino que se convirtió en un movimiento intelectual completo. Decía arriba que el paso del interés por las características inherentes al texto literario a su autonomización como fenómeno autocontenido era lógico y sencillo. Nada mejor que una “verdadera ciencia literaria”, que buscara en el propio texto los valores que lo fundan. El pensamiento saussureano, en sus conceptos básicos de lengua y habla, de sincronía y diacronía, de signifiante y significado, de paradigma y sintagma y de conmutación binaria se organizó en una epistemología positivista triunfante en la década de 1960, heredera particularmente del formalismo ruso (de ahí el papel central de Roman Jakobson para la moderna teoría literaria), que definió tanto la literatura, con Mijail Bajtín, Roland Barthes, Tzvetan Todorov y el *Grupo Tel quel*, como la antropología, con Claude Lévi-Strauss y el psicoanálisis, con Jacques Lacan. El *estructuralismo* impuso, por primera vez, una “teoría literaria” al texto, que no surgiera de un enigma propio, de un detalle interesante o de una reflexión general sobre el hecho literario, sino de la pre-existencia, considerada real, de estructuras simbólicas en las obras humanas, ya fuera la novela, el cuento y el poema, el romance y el corrido, o la organización de los mitos de pueblos amazónicos y el funcionamiento del inconsciente, que llega, por eso, a “hablar por sí mismo” en el psicoanálisis lacaniano.

Quizá haya sido el estructuralismo la tendencia intelectual más disolvente de la filología, o por lo menos la que abrió el camino a las siguientes. El estructuralismo fue una epistemología completa, no sólo una teoría ni mucho menos una técnica. El curso histórico de la obra literaria y el historicismo de muchos filólogos se encontraron de pronto con la eternidad de las estructuras del relato y del poema; con la identidad profunda del mito bororo y el teatro barroco; con la imposibilidad de una valoración estética que quedaba cancelada por la identidad natural del fenómeno simbólico, fuera cual fuera su tradición, su lengua o su cultura; y, finalmente, con la abolición de la experiencia personal de la literatura, vuelta intrascendente por el poder de la teoría. Frente al texto había que tener, ahora, esa “teoría” previa, de Barthes, de Todorov, de Kristeva, de Ge-



nette, de Algirdas Julien Greimas, que dijera cómo desentrañar sus estructuras, qué papel sistemático tienen sus personajes —desde entonces, sólo “actantes”—, de qué modo se espera que se resuelvan los núcleos trágicos del poema épico o cómo se comunican unos textos con otros, en ese tejido eterno que son las estructuras del sentido.⁹

El estructuralismo abrió además la puerta a la semiología (o semiótica, como hoy parece preferirse nombrarla). Dada la unidad del fenómeno simbólico, cualquiera de ellos vale lo mismo para el análisis: una película de James Bond o las modas del vestido, para Barthes; los carteles publicitarios, la música industrial o los *graffitti* de las calles. El valor literario, tan caro al filólogo, cedía su lugar al estudio de fenómenos que no había que valorar, sino sólo analizar. El estudio literario se convierte en una disciplina de la semiología.

⁹Véase la crítica que hacía Antonio Alatorre a ese predominio de la “teoría” sobre la experiencia literaria en su discurso de ingreso a El Colegio Nacional, “Crítica literaria tradicional y crítica neo-académica”, publicado en la *Revista de la Universidad de México*, citada antes, pp. 6-13 y en las *Memorias de El Colegio Nacional*.



Que tal análisis muy pronto se hiciera con un libro de marxismo en la mano, mientras más catequístico mejor, y que después diera lugar a las corrientes contemporáneas del desconstruccionismo, del post-colonialismo, de los “estudios culturales”, etcétera, es resultado de esa primera vuelta de tuerca que trajo el estructuralismo a la filología.

VI

Son dos las condiciones para que la filología subsista: un sentido de su papel en la formación de la cultura, y una capacidad permanente para difundir sus conocimientos con pertinencia para la sociedad en la que vive. La primera condición es la que definía, en el siglo XIX, la inclusión de las disciplinas filológicas entre las ciencias morales. En la medida en que era un valor indiscutido la lectura de los clásicos, por la enseñanza estética, moral e histórica que deparaban, el estudio filológico se justificaba. Para México, tomemos por casos las obras de Alfonso Reyes o las contribuciones de Ángel María Garibay al conoci-

miento de la literatura náhuatl (sin olvidar sus traducciones de clásicos griegos y latinos). La segunda condición se cumplía por el interés de la educación y, en general de la sociedad, por leer obras literarias valiosas, para las que se requerían explicaciones que ayudaran a comprender su contexto histórico o la lengua en que estaban originariamente escritas (o la complejidad de sus traducciones a otras lenguas).

La segunda mitad del siglo XX modificó las condiciones de la filología: como decía antes, apareció la “teoría” y el prurito de definir positivamente las ciencias humanas, de acuerdo con el modelo de las ciencias naturales. Pero además se desarrolló la industria del entretenimiento que, en principio, podría entenderse como una saludable extensión de la cultura a todas las capas de la población; pero cuyos efectos intelectuales y sociales todavía no acabamos de comprender en su verdadera complejidad y sus más amplias consecuencias.

Han sido la sociología, la filosofía derivada de la “teoría crítica” de Frankfurt (Theodor W. Adorno y Jürgen Habermas) y la “teoría de la recepción”, del filólogo alemán Hans Robert Jauss (hoy renovada por Hans Ulrich Gumbrecht), las que más han reflexionado sobre la aparición de la industria del entretenimiento. Sin duda que la literatura forma parte del entretenimiento, de “les loisirs”, el “tiempo libre” surgido con la sociedad burguesa.¹⁰ Desde finales del siglo XVIII la obra literaria se insertó en una vida privada que se iba deslindando de la vida pública y que permitía la aparición de una subjetividad, primero expresa como emotividad y sentimentalidad. Especialmente la novela, como *Pamela* o *Clarissa* de Samuel Richardson, o *Les liaisons dangereuses* de Choderlos de Laclos, marca un nuevo valor de la literatura y una nueva sensibilidad. La familia burguesa se había vuelto “público” para una literatura que por primera vez en la historia la dejaba encontrarse en ella. Aparecieron los relatos de viajes, las novelas históricas, los almanaques en que se editaban novelitas edificantes, etcétera. (Esta época, vivida en el XIX en México, comienza a dar interesantes motivos de

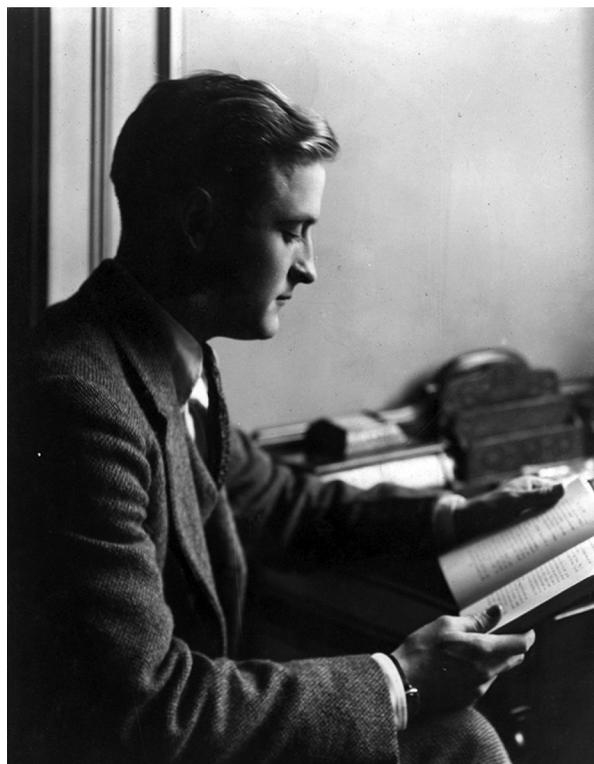
¹⁰A este respecto, véase Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981 (es traducción de *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*, 1962).

investigación a los filólogos mexicanos.) Hay “entretenimiento”, por lo tanto, desde hace poco más de dos siglos. Lo peculiar de la segunda mitad del xx es la capacidad de hacer ediciones masivas, ya sea de obras verbales (la actual industria del *best seller*), ya sea de música (los discos y todas sus variantes), ya sea de reproducciones de obras pictóricas. Pero esta mayor capacidad de reproducción de obras en principio artísticas crea una industria y esta industria no sólo comienza a exigir mayor cantidad de obras que reproducir, sino que abre las posibilidades de una literatura que no busca el arte, sino el puro entretenimiento, como la novela policiaca, la novela rosa y, hoy en día, la novela de terror, distanciada del género nacido entre los Shelley a mediados del siglo xix y orientada, en Estados Unidos, al cultivo de la paranoia colectiva, que caracteriza a su sociedad contemporánea. Dejó de interesar exclusivamente la extensión al público de las obras “canónicas” (un interés central, por ejemplo, de José Vasconcelos y la editorial Cultura en el primer cuarto del siglo xx), para publicar y vender entretenimiento. Para el filólogo, orientado exclusivamente a la explicación de obras culturalmente valoradas, se convirtió este fenómeno en un acontecimiento ajeno, despreciable y mal sufrido.

VII

Pese a todo ello: al cientificismo que impone teorías y al papel del entretenimiento en la sociedad burguesa (de la que seguimos formando parte), se ha conservado la disciplina filológica, aunque de manera más reducida y generalmente incomprendida. Sus revistas son de baja circulación, si las comparamos con las revistas literarias e intelectuales, como *Vuelta*, *Letras libres*, *Fractal* o *Nexos*.¹¹ Sin embargo, dentro de lo limitado de su público, sus publicaciones siguen demostrando que es posible y valioso resolver enigmas que plantean los textos. Quizá no tenemos mejor ejemplo reciente en México que el del libro de Antonio Alatorre y Martha Lilia Tenorio, *Serafina y Sor Juana*. Pero podríamos agregar muchos de los textos que hoy están escribiendo acerca de

¹¹Aunque la *Nueva Revista de Filología Hispánica* distribuye 800 ejemplares de cada tomo semestral.



la literatura mexicana o de las literaturas latina y griega investigadores de la UNAM, de El Colegio de México y de otros institutos de investigación, o los estudios dedicados a la antigua lírica española de Margit Frenk, publicados, entre otras revistas, en *Anuario de Letras* y la *Nueva Revista de Filología Hispánica*.

VIII

Decía antes que el interés por darle una definición positiva al conocimiento que produce la filología dio lugar a la “ciencia literaria”, que tiende a considerar al texto como un fenómeno autocontenido, al que no le hace falta historia, ni biografía, ni contexto cultural e incluso ni siquiera comprensión de la lengua en su realidad histórica, en su evolución y en su gramática, sino solamente grandes “modelos teóricos” e instrumentos “formales” de análisis. Autolegitimada como ciencia, parece que a la “ciencia literaria” ya no le hace falta una legitimación social basada en su contribución a la formación de la cultura y la difusión de sus conocimientos; por el contrario, para apuntalar sus aspiraciones científicas optó por el ais-

lamiento intelectual, por la publicación no erudita, sino especializada, con una terminología abstrusa y con una argumentación poco flexible y desligada de la inteligibilidad social.

Esta situación se ha planteado de manera aguda en Estados Unidos. Andrew Delbanco en su punzante artículo “The Decline and Fall of Literature”,¹² hace un relato pormenorizado de la situación de los estudios literarios en las universidades norteamericanas. Los efectos de las teorías desconstruccionistas, postcolonialistas, homosexualistas, feministas, etcétera, sobre los estudios literarios están siendo devastadores. Los estudiantes se alejan de ellos y aquéllos caen en el ridículo, la insensatez, la frivolidad y el falso cientificismo. Es bien conocido el famoso fraude del físico neoyorkino Alan D. Sokal, a quien la revista *Social text*, dedicada a los “estudios culturales”, publicó un texto irracional y mentiroso sin darse cuenta de ello. Con el título “Transgressing the Boundaries: Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity”, compuso un artículo en que propone que la realidad física es una convención social y verbal, sobre la que interfieren las ideologías machistas y capitalistas. Llena de guiños terminológicos y maneras calcadas de los tópicos de moda en los “estudios culturales” y el desconstruccionismo, logró que esa farsa se tomara en serio. La justificación posterior del director de la revista es todavía más penosa¹³ que el hecho mismo. De un modo ácido, pero devastador, Sokal logró demostrar así la impostura de ciertos “estudios culturales” norteamericanos. En sí, el texto de Sokal no es de literatura, sino de física, pero al considerar la física como texto —una tentación de la semiótica contemporánea y del análisis del discurso— y seguir las pautas “de análisis” de esa clase de estudios, los desenmascara y pone en evidencia la incapacidad de los responsables de la revista para darse cuenta de un texto mentiroso, así como el peligro en que quedan los estudios de orientación semiológica, de desdeñar el

¹²Publicado en *The New York Review of Books*, 4 de noviembre de 1999.

¹³El artículo fue publicado en *Social Text* 46/47 (spring/summer 1996), pp. 217-252. Se puede consultar tanto el texto, como la respuesta y otras informaciones con cualquier navegador de internet, buscando “Sokal hoax”.



sentido y los conocimientos de las demás ciencias en favor de las ideologías de moda. En México no se ha producido un fraude de esa clase y seguramente no son muchos los estudiosos de la literatura, la lingüística y la semiótica que llegan a esos extremos. Sin embargo, un párrafo como el siguiente, tomado de una revista real, da la voz de alarma en la misma dirección: “esta investigación se ha realizado de acuerdo con las perspectivas de la metaepistemología que se caracteriza por unir la epistemología del sujeto cognoscente con la del sujeto conocido...” Una “ciencia literaria”, una semiótica y un análisis del discurso que desdeñen la inteligibilidad social, que no se pregunten cuál es su pertinencia científica y cultural, que no pongan a prueba sus conceptos y sus métodos de trabajo, y que ignoren los límites de sus propias capacidades terminan por deslegitimarse y por contaminar al resto de la familia filológica. Hay que tomar en serio, también nosotros, el comentario de Delbanco: “if the humanities are in danger of becoming a sideshow in the university, it is we, the humanists who, more than demographic changes or the general cultural shift toward science, are endangering ourselves.”



IX

No me he referido, hasta ahora, a la “crítica literaria” como un objetivo diferente a los de la filología y los estudios literarios. Y es que no ha sido la crítica el objetivo primario de la filología, sino la aclaración y la interpretación. Tampoco ha sido ese el objetivo de la “ciencia literaria”, que elude cuidadosamente el compromiso estético y la valoración, precisamente a causa de su aspiración a la ciencia. Pero en una sociedad tan compleja como las actuales, en donde la industria del entretenimiento produce semanalmente novedades de lectura, la crítica literaria se impone como una necesidad de orientación, como un elemento central de la formación cultural y estética del ciudadano. En México, a diferencia de otras sociedades, en las que la crítica literaria cumple con su importante función social, no hay publicaciones periódicas dedicadas a la orientación literaria de los lectores comparables, por ejemplo, con el *Times Literary Supplement*, el *New York Review of Books*, *Die Zeit*, *Le Nouvel Observateur* o el suplemento literario de *El País* español; apenas *Sábado de Unomásuno*, o más recientemente *Hoja por hoja*, se han propuesto una crítica literaria abarca-

dora de las publicaciones recientes (los suplementos culturales de los demás periódicos no alcanzan esas características)¹⁴ y tratan de cubrir ese vacío (se dirá que una sociedad cuyos miembros leen apenas un libro al año, según las últimas estadísticas –y me temo que tal libro sea de “superación personal”– no necesita publicaciones de crítica literaria; pero quizá debiéramos invertir la cuestión: una sociedad no lee, si no se le despierta el interés por leer, y un buen camino es la orientación eficaz y rápida que ofrece la crítica literaria).

X

No me referiré aquí a la crítica literaria que es obra de escritores, sino a la que proviene de profesionales de los estudios literarios, que es el principal objetivo de este ensayo. En México, los filólogos y estudiosos de la literatura que ejercen la crítica literaria en revistas y periódicos tienen que hacerlo marginalmente, no como una ocupación central y legítima de su profesión. Es decir, a la crítica literaria como tal, dedicada al público, no se le reconoce un valor social (ni universitario, ni científico, obviamente). La actividad profesional en las “letras”, que sigue siendo el nombre tradicional de la enseñanza filológica, literaria y lingüística en nuestras universidades, no valora la crítica y no incluye la preparación necesaria para hacerla. (Muchas veces escucho voces escandalizadas por la cantidad de estudiantes de letras que abandonan los estudios universitarios antes de terminarlos o que nunca presentan su tesis y su examen de licenciatura. Si se siguiera la trayectoria de esos “desertores” en las editoriales y los periódicos, se vería, por un lado, cómo lo poco que aprendieron les ha servido para ocupar esos puestos de trabajo, a pesar de no haber recibido la formación pertinente; por el otro, cómo es ahí en donde hay una necesidad social comprobada de los estudios literarios, que las universidades no quieren reconocer.) Frente a esta falta de interés universitario por la crítica, los periódicos, en cambio, aprovechan a otra

¹⁴Pero además, la poca crítica literaria que se ejerce en revistas y periódicos adolece muchas veces de un carácter laudatorio, comprometido no con un público general, sino con los grupos de los que forman parte los autores, con sus amistades y sus enemistades.



clase de profesionistas de la prensa para sus páginas de crítica literaria: los periodistas egresados de las carreras de “comunicación” en las universidades, a quienes por la amplitud de su campo sólo alcanza a dárselos panoramas informativos –en los mejores casos– de historia literaria, pero no una formación seria y comprometida con el valor de la crítica en la formación de la cultura. Se ha venido así a producir un periodismo de la literatura con todos los vicios del periodismo moderno: la búsqueda de las ocho columnas, la nota espectacular, la persecución del escritor premiado, el elogio del escritor comprometido con alguna causa social, independientemente de su valor literario. Es el “exitismo” el principal motor del periodismo literario. Como tal, no crea lectores ni forma el juicio estético, sino que contribuye a destruir la memoria y la perspectiva, que son dos elementos centrales de la cultura.

Es decir: entre una filología erudita y unos estudios literarios con pretensión científica, la crítica literaria queda excluida o al menos marginada de la familia filológica.

XI

Volvamos ahora a la lingüística. Realmente México es un paraíso de trabajo para cualquier lingüista. Viven en su territorio pueblos de un centenar de lenguas tan diferentes entre sí como el chino, el italiano, el bantú y el húngaro (bastaría con citar el náhuatl, el purépecha, el zapoteco o el maya para indicar sus diferencias, pero para la mayor parte de la población resultan más desconocidas éstas que aquéllas). No sólo eso, que ya es suficiente para un lingüista que aprecia la variedad de las lenguas y de los temas de conocimiento que ofrecen, sino que además representan cuestiones dolorosas e importantes de la vida nacional, en cuya solución el lingüista puede colaborar.

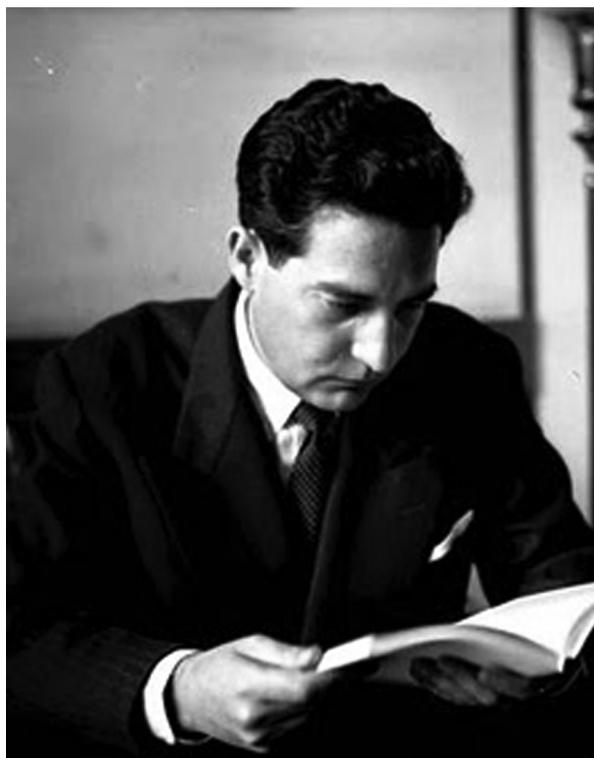
Distinguiré tres orientaciones de los lingüistas: la lingüística descriptiva, la lingüística de la capacidad de hablar y la lingüística de las lenguas de civilización contemporáneas. Hay dos motivos para dedicarse a la lingüística descriptiva: históricamente, en una sociedad que tiene una sola lengua predominante y ha pasado dos siglos tratando de unirse en una sola nación, el primer motivo es salvar la memoria de las lenguas amerindias, de manera semejante a como se descubre y se restauran las zonas arqueológicas o se estudia la epigrafía maya o zapoteca; es decir, hay un motivo etnográfico y coleccionista a la antigua, “museístico”, se podría decir, que da lugar a documentos y catálogos de esas lenguas. El español, una lengua tan estudiada desde hace quinientos años, no es objeto de esa clase de estudios descriptivos, pero de él hablaré más adelante. El indigenismo, que es un componente central de la ideología nacionalista mexicana, ha orientado a muchos lingüistas hacia el compromiso con los pueblos indios. Para estos lingüistas, la lingüística descriptiva es un instrumento básico de trabajo, pues hay que conocer bien las lenguas antes de pasar a elaborar gramáticas, diccionarios, libros de texto, etcétera, que requiere su intervención en los procesos de educación, de defensa concreta de los derechos humanos y de las luchas políticas de los indios.

Pero la lingüística contemporánea no sólo tiene un objetivo descriptivo. Precisamente en cuanto es una ciencia hay intereses universales que guían muchas de sus investigaciones. Centrada en la capacidad de hablar del ser humano, desde las caracterís-

ticas neurobiológicas del cerebro hasta el desarrollo de la lengua en los niños y los daños de la sordera y las lesiones cerebrales, la lingüística debe operar como el resto de las ciencias: con laboratorios, situaciones experimentales, grandes bases de datos, hipótesis, procedimientos de verificación, teorías, etcétera. La legitimidad social de esta lingüística está delimitada por su capacidad para ofrecer contribuciones verdaderas al conocimiento universal de la capacidad humana de hablar.

Por último, hay una lingüística de las lenguas de civilización contemporáneas. Es un hecho que, de los varios miles de lenguas que se hablan en el mundo, hay un puñado de ellas que guían la civilización contemporánea y se van convirtiendo en dominantes para grandes núcleos de población. El español es una de ellas. Los lingüistas dedicados al español tienen, en su gran mayoría, una procedencia filológica y no por casualidad: la dimensión histórica y tradicional de la lengua española es un elemento central de sus características actuales. Se puede estudiar el proceso de adquisición del español entre niños para quienes es lengua materna o para quienes es segunda lengua; se puede estudiar el proceso de educación de la lengua en la escuela elemental; se puede estudiar el papel del español en los medios de comunicación, así como en los textos científicos; se puede intervenir en la elaboración de libros de texto, de gramáticas, de diccionarios, de programas de computación, de ejercicios terapéuticos para aliviar diferentes lesiones que afectan a la lengua o a su expresión, etcétera. Pero también se siguen estudiando diferentes momentos y características de la historia del español, tanto en España como en América, y siguen apareciendo contribuciones importantes, pues todavía quedan enigmas y las concepciones lingüístico-filológicas actuales renuevan o iluminan cuestiones anteriormente inadvertidas. En todos estos casos, esta lingüística del español conserva las justificaciones sociales de la filología: su capacidad de contribuir a la formación de la cultura y de participar en la civilización contemporánea; su capacidad de actuar en la educación general.

La lingüística, sin embargo, ha caído desde hace años en el mismo piélago en que cayó la “ciencia literaria”. Mal desgajada de sus pasados filológico y antropológico, mal incorporada a los métodos de las ciencias, pero impulsada por los intereses militares



de los años 60 a 80, que derramaron grandes cantidades de dinero en las universidades estadounidenses,¹⁵ se apresuró a considerar “ciencia natural”, adoptando sus estilos, pero sin aprender bien los fundamentos que la legitiman: la necesidad de observar fácticamente los fenómenos, sin imponerles un cartabón previo de análisis; la necesidad de llevar a cabo largos procesos de acumulación de datos reales, en vez de descartarlos con la pura introspección individual; la necesidad de que los instrumentos de análisis (que no son, desgraciadamente, probetas, microscopios o sensores electrónicos, sino construcciones conceptuales) tengan validez general y no dependan de una sola escuela; el compromiso de que los resultados obtenidos se puedan verificar prescindiendo de la corriente interpretativa a la que se adscriban sus

¹⁵Me atrevo a relatar un anécdota personal: en 1976 pasé el verano en el curso de lingüística matemática y computacional del Centro Nazionale Universitario di Calcolo Elettronico, de Pisa, Italia, que auspiciaba la IBM. Allí conocí a seis israelíes que no compartían el trasfondo humanístico de varios de los asistentes. Al preguntarles de dónde llegaban, se limitaron a contestarme: del ministerio de la defensa de Israel.



autores. Buena parte de la lingüística de la capacidad de hablar, que es la más prestigiosa, se ha convertido en un juego frívolo de especulaciones, malamente llamadas “modelos teóricos”, sin sustento fenoménico, sin conciencia del desarrollo histórico de la lingüística, y sin compromiso de inteligibilidad científica y social.

XII

¿Y qué pasa con la familia filológica en nuestras universidades? La historia de la evolución de la filología, los estudios literarios y la lingüística forma parte de la rica complejidad del pensamiento en el siglo xx. La naturaleza de los hechos que estudian debiera conservarlas en el centro de la vida intelectual, junto a la filosofía. Pero sucede lo contrario: sus especializaciones, el ansia de ser ciencias y el olvido de su papel en la formación de la cultura las aleja de la vida pública intelectual; se escabullen de la búsqueda o de la construcción del sentido de la vida presente; de la responsabilidad de la acción moral. Las facultades de filosofía

y letras, que fueron tanto tiempo la conciencia de las universidades, ahora se interpretan como conglomerados de ocupaciones *light* frente a las facultades de ciencias naturales y de tecnologías.

Urge que construyamos un nuevo sentido social para nuestras disciplinas, que asuma los cambios experimentados por las sociedades y defina su papel en la formación de la cultura y en el conocimiento científico del lenguaje. Es bien claro que la familia filológica no puede seguirse concibiendo de la misma manera en que se la entendía hace cincuenta años. Pero también lo es que una deriva inconsciente, como la que ha vivido en ese lapso, la conduce a la trivialidad y a la pérdida de legitimidad social. Ojalá no tengamos que hacernos un día la misma pregunta que apareció recientemente en los periódicos, invitando al público a discutir: “¿Es prescindible la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales?”¹⁶

¹⁶Aviso en *La Jornada*, 25 de enero de 2001, para invitar a los egresados de esa facultad de la UNAM a discutir la crisis por la que atraviesa.

Agradecimiento

No tengo que explicar cómo me halaga el libro y cómo me hace latir el corazón con la emoción mezclada de profunda alegría y embarazo por un homenaje que nunca podré sentir del todo merecido; les agradezco a María Eugenia Vázquez, a Francisco Segovia y a Klaus Zimmermann –cuya compañía hoy aquí habría redondeado por completo mi felicidad– el pesado trabajo que se tomaron en invitar a participar en él a tantos amigos, colegas y antiguos alumnos en México y el extranjero, y reunir y editar los 48 artículos, ensayos y poemas que forman estos dos bellos tomos titulados *de la lengua por sólo la extrañeza*. La alusión del título a un poema de sor Juana en relación con el misterio del lenguaje, hecha por mi maestro Antonio Alatorre en otra ocasión igualmente memorable para mí, me compromete a honrar aún más su memoria y a agradecerles a los editores esa aproximación a los creadores de nuestra cultura mexicana. También agradezco a Lilly, mi esposa, su intensa colaboración en la organización de este homenaje, y a El Colegio de México, esta casa que me hizo y me cobija, su anuencia y apoyo para una publicación que, sé muy bien, es cara y de difícil venta.

Elizabeth Luna Traill, María Eugenia Vázquez, José María Espinasa y Francisco Segovia acaban de demostrar por qué son mis amigos; sólo por su generosidad y su disposición para soslayar mis defectos, pueden haber hablado ahora de mí como lo han hecho. Mil gracias a los cuatro.

Lo que necesito hacer es explicar cómo me compromete este homenaje con El Colegio y con ustedes, pues a estas alturas de la vida uno tiene que responder a la confianza de los demás con mayor exigencia que cuando era joven. El Colegio de México –Antonio Alatorre y Víctor Urquidi, para ser preciso– confió en mí cuando tenía yo veinticinco años; una confianza completamente inmerecida; una apuesta; quizá, en ese momento, una inversión a fondo perdido. Esa confianza ha sido uno de los principales motores de mi trabajo como investigador y como profesor. Sigo sosteniendo que haber estudiado en El Colegio y haber sido aceptado como uno de sus miembros ha sido el mayor de los privilegios y un compromiso que hay que renovar continuamente; el recuerdo de aquellos fundadores que no conocí: Amado Alonso, Raimundo Lida y Alfonso Reyes; y el rigor, las prácticas filológicas y el aprecio de la lengua, que me transmitieron Antonio Alatorre, Margit Frenk y Juan Miguel Lope Blanch se convirtieron desde entonces en modelos de lo que debería ser mi trabajo. Quisiera que, dentro de muchos años, mi nombre no desmerezca de lo que ellos nos heredaron. Sólo así este homenaje de hoy será merecido.

La lingüística es una ciencia tan variada y compleja como la facultad de hablar y sus ilimitadas manifestaciones. Puedo decirles que a lo largo de mi carrera me he concentrado en pocos temas, pero que me presentan enigmas que he querido, si no resolver, al menos comprender y aclarar a los demás. En la

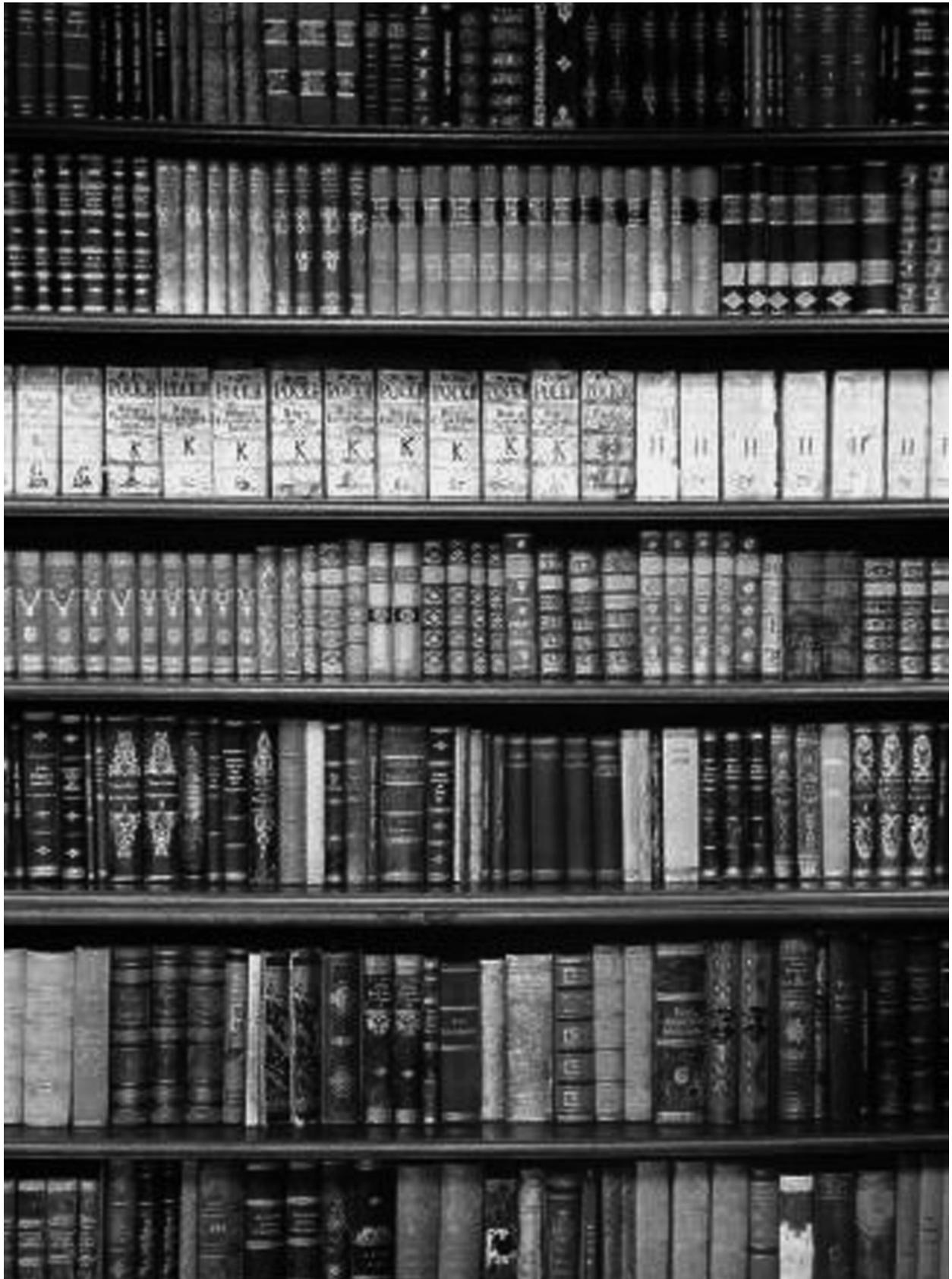


elección de una disciplina hay mucho de vocación y aptitud; muchos lingüistas a lo largo de la historia han tenido, en el fondo, vocación de coleccionistas –sobre todo los lexicógrafos y los tipólogos–; otros, de geómetras y lógicos, como los gramáticos; unos más se inclinan por la relación entre la salud y la lengua, con vocación profunda de médicos; a mí me han apasionado siempre, ante todo, las ilimitadas maneras en que se da sentido a la experiencia, es decir, la semántica de las lenguas reales, y la necesidad de comprender cómo las lenguas constituyen las sociedades. Entender y dar a entender a los demás; alumbrar y abrir el conocimiento de la lengua en su realidad. Como decía Goethe: quiero luz, más luz; busco la claridad necesaria para comprender esos dos conjuntos de fenómenos, una claridad que sólo produce la teorización, pero a posteriori, pues no puede haber teorización sin experiencia y sin datos. Klaus Heger, otro de mis maestros, el teórico incomparable, me instiló el gusto por la teoría, pero el mejor regalo que recibí en mi carrera fue tener que pensar, dirigir y escribir el *Diccionario del español de México*: poder reunir en una investigación las disciplinas de la lingüística que me han apasionado: la estadística, la computación y

el pensamiento semántico; construir una concepción propia, coherente y realista de la significación; tener que afrontar las preguntas que todo mundo se hace respecto de la normatividad lingüística en la vida de la sociedad; comenzar un diccionario mexicano como Melchor Ocampo lo había deseado desde mediados del siglo XIX. Juzgo que cinco libros muestran adecuadamente mi contribución a esos temas: la *Teoría del diccionario monolingüe*, el *Curso de lexicología*, los *Ensayos de teoría semántica*, *Lengua histórica y normatividad*, y mi producto más reciente: la *Historia mínima de la lengua española*, que entregaré en las próximas semanas. Ese es el trabajo con que he querido corresponder a la confianza que me otorga El Colegio.

Veo que los textos reunidos tratan muchos aspectos que tenemos en común sus autores y yo; tengo por delante una larga tarea en leer las 1 072 páginas de estos dos tomos, para poder agradecer cumplidamente el trabajo que se tomaron; me duele no poder hacerlo con tres amigos que perdí recientemente: Tomás Segovia, quien “sigue flotando aquí como en el aire/ sigue soplando en su frescura”, Carlos Montemayor y José Luis Rivarola.

De nuevo, muchas, muchas gracias. 



¿Adiós al español?

Es probable. En cierta reunión de tipo académico, como parte del *curriculum* de un ponente se mencionó su único libro con título en inglés; quien lo conocía me comentó, “opina que escribir en español es perder tiempo”. Como el susodicho hay multitud, aunque el inglés oral y escrito que practican sea más el de la frontera norte que el de Joseph Conrad. Hace más de veinte años, Gadamer dio como hecho no puesto a discusión que la terminología científica pertenece a esa lengua, y es fama (Luis Fernando Lara trata el asunto en *Ciencia*, 50, 1999) que reciben más puntos las citas en inglés que en español. Escoger la lengua de escritura queda, pues, para quienes buscan prestigio o algo que se le parezca.

Hay por ahí una *Fundación del Español Urgente*, aunque el nombre no dice mucho –y tiene matices anglosajones–, destinada, si no entiendo mal, a salvar la lengua, entre otras cosas, con un diccionario de dudas, para aclarar lo que es y no es español. Buen intento con, por lo menos, un par de problemas: colonialismo, para empezar –porque está a cargo de la Real Academia Española, autodeclarada regidora del español ahí donde se hable–; para seguir, difusión: a quién persuadir de la urgencia, cómo, hasta dónde.

De lo *urgente* dieron noticia los comentarios periodísticos sobre el quinto congreso de la lengua, frustrados en Chile por alertas de la naturaleza. Ojalá se difundan por otro medio las conferencias, porque valdría la pena saber cómo organizarán los escuadrones de contraataque y con qué recursos.

Es poco menos que imposible distanciar al hablante del léxico que recibe por radio, televisión, periódicos, del lenguaje adocenado de políticos, de entrevistadores y entrevistados, aunque está a salvo del que practican los académicos, veloces para transliterar cualquier novedad o aceptar sin discutir lo que reciben por medio de las traducciones. Si realmente hay peligro, está en esas fuentes. El hablante común, preocupado más por sobrevivir a su combate cotidiano, no está sujeto a esas influencias. No dice *impacto*, a menos que se trate de un golpe, choque o bala; jamás se le ocurriría decir o escribir *lobbying*, como los periodistas españoles aludidos arriba, no habla de “nuevo look”, ropa “casual”, “aplicar” a la universidad ni usa todos los verbos terminados en -ar que han entrado a la lengua con el léxico de las computadoras y disciplinas académicas, que no es necesario enumerar aquí. También se cuelan modos españoles, como *de cara a*, que de repente brotó en los medios de comunicación por iniciativa de alguien con muy poco gusto.

Lo que entra con la moda o modos no es mucho problema, porque con ellos se desgasta y olvida. Sí es problema lo que ingresa de manera subrepticia. *Asumir*, por ejemplo, no significa en español *suponer*, pero a estas fechas, todo el que supone *asume*. Tráfico es comercio, pero ahora también es *tránsito* (¿es lo mismo tráfico de drogas que tráfico del Periférico?). *Ausencia* es falta de algo, pero que falte la comida o el dato no significa que una u otro esté *ausente*, palabra que cabe perfectamente en el verso



de Garcilaso, “Ausente, en la memoria la imagino”. La lista es de extensión regular y seguirá aumentando, porque no es difícil recoger, sin inquirir, lo que se encuentra en el camino.

Hace algún tiempo entró, sin previo aviso, una traducción calcada del inglés: *to give [someone] the benefit of the doubt* se convirtió en “dar [a alguien] el beneficio de la duda”, que según el diccionario académico —en ejemplo sin verbo *dar*— significa “el que aprovecha a alguien contra quien hay ciertos indicios de culpabilidad” (encuéntrele sentido quien pueda); basta en español “dar a alguien voto de confianza”, aunque creo que ha caído en desuso. Nadie dice ya “según el autor tal...”, sino “de acuerdo con el autor tal...”, producto, naturalmente, de *according to the author...* También está de moda “*to make the difference*”, traducido literalmente: “fulanito hace la diferencia”, calificable —traicionando la semántica— como anacoluto perfecto.

Es algo cansado procurar deshacerse del inglés cuando no hay innovaciones de alguna naturaleza que acuñen un término en cualquier dialecto del español, y los aparatitos que transportan los jóvenes —usados también para distraerse en la red o enviar

mensajes a los amigos en el salón de clase, cuando creen que el maestro no se da cuenta— han dado lugar a una koiné abreviada de su uso particular que, según temor infundado de muchos, acabará con el español que conocemos. No va por ahí el asunto. Tomar prestado no cuesta; los rusos tomaron lo que les convenía, o faltaba, del alemán, los españoles del francés (aunque no sé por qué dicen *moqueta*, si tenemos *alfombra*, arabismo de larga data) o del inglés como el *lobbying* cuando en español tenemos *cabildeo*. Decimos el *gis* en vez de la *tiza* mexicana, hablamos griego y latín sin advertirlo: observamos *galaxias*, estudiamos ciencia; la primera cruzó del griego sin cambios, *γαλαξίας*, la segunda proviene del verbo *scio*, ‘conocer’.

Mateo Alemán, médico español, que encontró en la carne de cárcel inspiración para su mejor novela, *Guzmán de Alfarache*, consiguió permiso para emigrar a Nueva España; llegó a la ciudad de México con el manuscrito de un librito peculiar, *Ortografía castellana*, impreso aquí en 1609 (después de 1615, nada extraño en esa época, Alemán desapareció, nadie sabe cómo ni por qué). Su tratadito quiere ser normativo, pero termina en polémica entretenida —por lo que es y debería ser lo que se escribe y cómo. En su carta introductoria, preparando al lector para lo que sigue, describe así la historia de su lengua, que transcribo, conservando el estilo de su siglo, en español actual:

La lengua castellana carece de caudal propio por haberlo perdido en la destrucción de las Españas; fuele forzoso, como a bizarro pirata, salir en corso a buscar la vida, ganando por la guerra lo que perdió en ella; desbalijó el hebreo, griego y latino sin perdonar el árabe ni a los demás que se le pusieron por delante, y puede hoy decir ser mucho su tesoro, habiendo quedado una de las más elegantes, galana, graciosa y grave de cuantas conocemos.

Pero el problema no está en lo que entra, sino en quien lo deja entrar; al cabo, el juglar, que difundía las hazañas del Cid, no pensó que estaba cayendo en flagrante galicismo (exportación de Cluny) cuando cantaba “de los sos oios tan fuertemente llorando”. Todo lo que llega con la técnica queda, pero hay también males que vienen de adentro. Está de moda en el medio académico aludir a “poder suave”, traducción inclemente de *soft power*, producto de algún anglohablante, para referirse al poder que se impone mediante la persuasión ¿o el engaño?, no

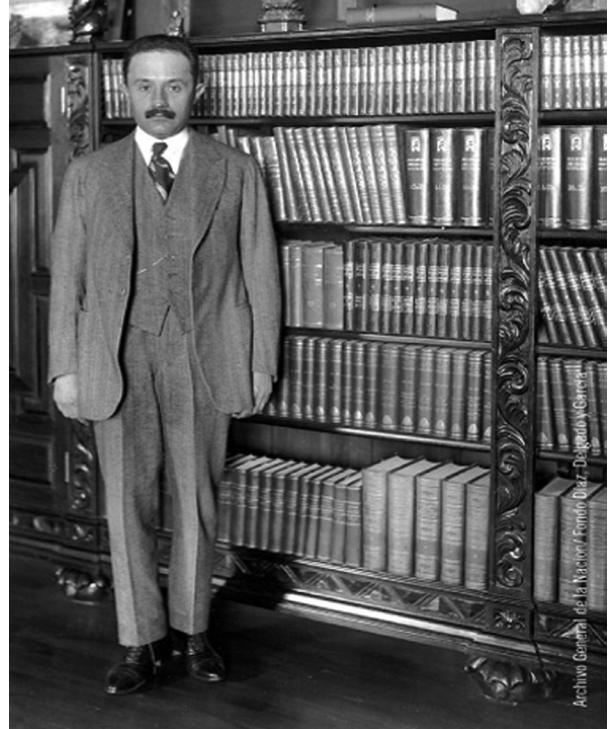
por la fuerza. El adjetivo latino *lenis* (suave) dio *lenitivo*, con el que la expresión tendría más sentido en español: “poder lenitivo”.

Mateo Alemán, tan ufano de su lengua galana, no habría dado crédito oyendo en el discurso español actual *jueza* o la forzada, por antieconómica, distinción entre “niños/niñas, profesores/profesoras, ciudadanos/ciudadanas”, que es “«masculino genérico», característico del español”, como *miembro y testigo*, según explica Luis Fernando Lara en su *Historia mínima de la lengua española*, texto aún inédito, y que Bello tuvo la ocurrencia de distinguir género gramatical masculino y femenino de sexo. Es del dominio común que género se lexicalizó para significar ‘mujer’, por falta de conocimiento, imaginación, y porque siempre se aceptan las novedades con algo de espíritu colonizado.

En todo caso, nadie hace alardes de purismo cuando oye a alguien decir que está escribiendo un *paper* (trabajo, ensayo, artículo, monografía); podría decir que escribe un *papel*, como en los siglos dieciséis y diecisiete: “le mando este papel”, dice Jáuregui de su poética a un corresponsal, y sor Juana aludía a su *Primero sueño* como “*un papelito*”.

L. F. Lara, en el mismo lugar, se refiere a términos “colonizados” por vocablos ingleses de la misma raíz: “eventualmente, ‘en su momento’, en vez de *en dado caso*; *bizarro* en vez de *extraño*... , *retaliación* en vez de *represalia*”, y frases calcadas como “estoy esperando por ti”, “te llamo de regreso”, “bienvenido de vuelta”. Sin salir del léxico, quedó victorioso, porque lo oigo a individuos con estudios, uno de los peorcitos: *accesar*, de *to access* (a la red o a lo que sea) por *acceder* (‘ingresar’) –ambos descendientes del mismo verbo latino *accedo*–, con cuya invasión hay que cambiar la manera de conjugar: tú *accesas* en vez de tú *accedes*. Pero ya es imposible prescindir de cheque, checar, bay , O.K., chatear...

No hay lenguas puras –menos aún en épocas de comunicación mundial casi instantánea– y nadie querría una cercada por la inmovilidad, el purismo. En vano escribió Probo su *Appendix* (códice copiado en el siglo octavo), cuando advirtió que el latín empezaba a transformarse, larga lista de “se dice así, no así”. Sin duda, lo que entra en una lengua la enriquece y mantiene viva, pero no todo. *Bizarro*, descendiente del italiano *bizzarro*, no significa en español ‘extraño’, sino ‘bravo’, ‘valiente’, y no es lo mismo



confrontar que *enfrentar*. A últimas fechas, casi todo es *alto* o *fuerte* (*high, strong*): alta prioridad, calidad, decisión, iniciativa fuertes.

Además, en vez de que nos colonizara Hispania, resulta que fue el Lacio, por eso de *Amérique latine* o peor, Latinoamérica, invención francesa, que ni siquiera abarca todo el continente. Manuel Seco, lexicógrafo siempre sensato, incluye la palabrita (*s.v.* HISPANOAMERICANO) en su diccionario de dudas y la describe como creada “en 1860, para arropar la política imperialista de Napoleón III en su intervención en México”. Pero todas sus explicaciones del caso tienen rumbo fatalmente derrotista: llegó y se quedó. Los dos antecedentes, que por lo regular ponen por delante los defensores de la palabra, datan de 1856 y 1857: un poema en octavas reales de J. M. Torres Caicedo (“la raza de América latina”), escrito en Venecia, y el discurso, pronunciado en París, de Francisco Bilbao (“tenemos que perpetuar nuestra raza americana y latina”). En ambos predomina el temor por la debilidad de América hispanohablante ante el poder acrecentado de Estados Unidos y, por lo que brota en el contexto, lo de *latina* tiene matices aristocratizantes, prosapia, pues, antecedentes clásicos y cultos; no es parte de un gentilicio.

Si tal es el caso, sea. Pero no deja de ser amarga la sensación de que el autorrespeto escaso y el dominio inevitable de otros nos conviertan en colonizados tres veces: Hispania, Francia y, por su intermedio, Roma. ☞

VOICES *of Mexico*



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

Suscripción anual

\$140.00 M.N Tres números/un año

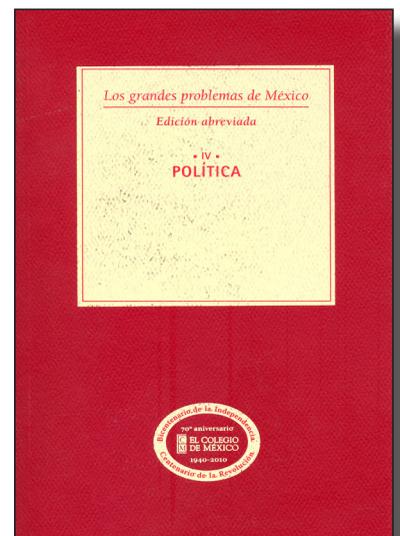
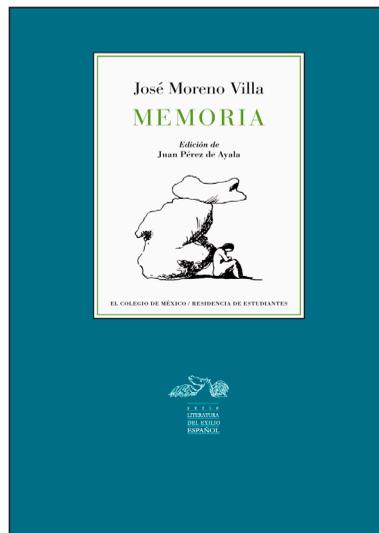
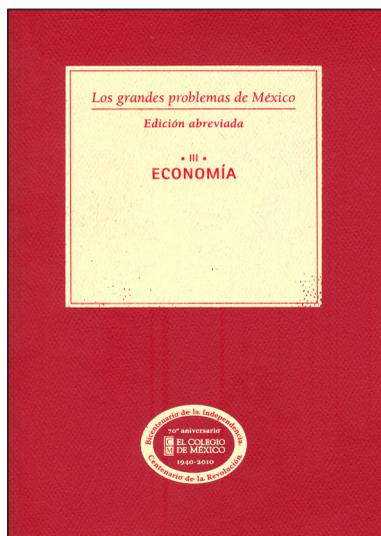
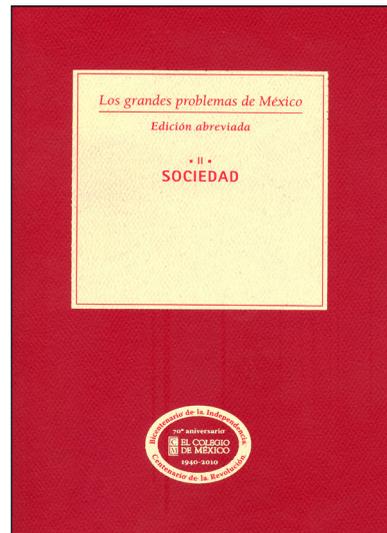
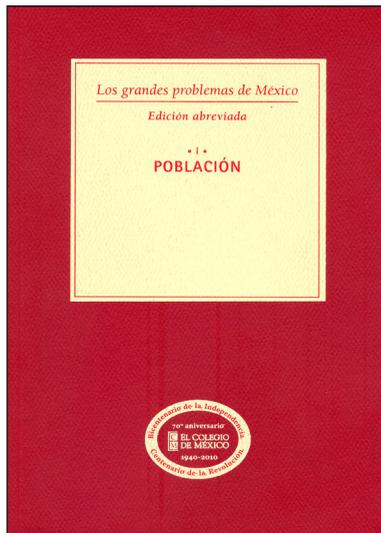
Informes y suscripciones:

Torre II de Humanidades, piso 9
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Tel. 5623 0246, exts. 42301 y 42299

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C.,

Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.

Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3000, ext. 3157

o Correo electrónico: publicolmex@colmex.mx